

# El Hombre planetario

Ernesto Balducci

Balducci auspicia una forma de humanismo capaz de acoger las ideas y las tradiciones más significativas. Su utopía del ciudadano planetario se alza sobre iniciativas coherentes de solidaridad y de cooperación.

Y aquí, en este borde entre el pasado y el futuro, tengo la posibilidad, sin renegar de nada de lo que somos, intuir mi nueva identidad de creyente. El hombre planetario es el hombre post-cristiano, en el sentido de que no se adaptan a él las determinaciones que nos separan del común de los hombres. Liberada de sus objetivaciones ontológicas y restituida a su dinámica existencial, ¿qué es la encarnación de Dios si no sumergirse en el ser humano, en virtud del amor de Dios que es su misma esencia? Los capellanes militares que desataron de los lados los salvavidas para ofrecerlos a los hermanos y bajaron a pique en el océano son figura perfecta del misterio en el cual se esconde mi Dios. Le pongo el calificativo de cristiano.

Me satisface saber que los primeros creyentes en Cristo ignoraban ese calificativo. El término fue inventado en Antioquía, en el año 43, por burócratas y por soldados romanos que, por razones de orden público, lo necesitaban para identificar de alguna manera a ciertas pequeñas comunidades poco conformes con las reglas de la sociedad. Por lo tanto, es una invención del poder, lo que significa un mejor control. Tales perfiles o identificaciones sociológicas entran dentro de las necesidades del Panopticon: se adapta a nosotros para favorecer, el proyecto de integración mundana. "No soy más que un hombre," he ahí la expresión del Nuevo Testamento que mejor expresa mi fe. Está cerca el día en el que se comprenderá que Jesús de Nazaret no tiene la intención de añadir una nueva religión a las ya existentes, sino que, por el contrario, lo que él quería era romper todas las barreras que impiden al hombre ser un hermano para el hombre, y especialmente para los más diferentes, los más despreciados. Él dijo: cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí. No antes, sino justo en el momento en que, levantado en la cruz, entró en agonía y entregó su espíritu, despojado de todas las determinaciones. Ya no era ni de raza semita, ni judío ni el hijo de David. Era universal, como es universal la nada de la muerte, y como es universal la cualidad que en aquel anularse estalló el amor a los demás hasta la aniquilación de sí mismo. Y en esta aniquilación de amor está la definición de Jesús, hombre planetario. Antes de morir, le habían gritado: "Si eres hijo de Dios, sálvate a ti mismo." Pero no pudo salvarse a sí mismo, porque había desde su nacimiento se había despojado del chaleco salvavidas. Así fue como descendió a los infiernos. Incluso su Dios lo había abandonado cuando, caído en el océano de la muerte, se convirtió para siempre en un hermano de todos los desesperados. Su universalidad radica aquí, en este entregarse libremente por el amor de los hombres, en el corazón de la negatividad total.

Entre él y yo hay siete paredes de ideología, porque yo he aprendido su nombre con la espada en la mano, ya que quería la pedagogía de la intransigencia. Las siete paredes están cayendo, una tras otra, y después de cada caída me parece entender mejor lo que significa su seguimiento. Hace algún tiempo, mi hermano en la fe, que es un obispo, dijo que tomar la cruz y seguir a Jesús significa elegir el desarme unilateral. Paradoja profunda, en la que me encuentro. Pero las paradojas que debemos decir son innumerables. Jesús reveló cosas que sólo a nosotros se nos dan a entender, porque sólo ahora la medida de la iniquidad alcanzó su pico más alto. Cuando oigo repetir que el mensaje de Jesús es universal porque él es el Logos en quien y de quien y para quien todas las cosas fueron creadas, una especie de inmenso bostezo me sale de lo más profundo, como ante una verdad vacía por abuso. Pero cuando pienso en silencio en sus gestos concretos con los que, enfrentándose él con los hombres de la religión y el poder, salió en busca de los pobres, los humildes, los afligidos, los perseguidos y cómo entreabrió un camino de luz en la oscuridad, el camino que todavía hoy desciende a las profundidades del infierno donde se confrontan el sentido y el sin

sentido, la vida y la muerte, el amor y el odio. Aquí todas las identidades pierden sentido, para dejar lugar a la que cada uno, y en su medida, es capaz de darse a sí mismo, al margen de cualquier herencia, sólo con el asumir o rechazar las responsabilidades del futuro del mundo. Si dejamos que el futuro venga por sí mismo, como siempre vino, y no nos reconocemos otros deberes que los que tenían nuestros padres, ningún futuro nos será concedido. Nuestro pacto secreto con la muerte, a pesar de nuestras liturgias civiles y religiosas, tendrá su apogeo final. Si por el contrario nos decidimos, despojados de todo traje de violencia e incluso de lo que se convirtió en estructura de la mente, a morir a nuestro pasado e ir al encuentro el uno del otro con las manos llenas de diferentes herencias, para forjar entre nosotros un pacto que prohíba todas las armas y establezca formas de comunión de las criaturas, entonces comprenderemos el significado del fragmento que ahora nos encierra en sus fronteras. Esta es mi profesión de fe, bajo las formas de esperanza. Quien todavía se confiesa ateo, o marxista, o laico y tiene necesidad de un cristiano para completar la serie de las representaciones en el escenario de la cultura, que no me busque. Yo no soy más que un hombre.

Ernesto Balducci

(De El Hombre planetario, 1985)